

El testigo y el historiador

François Hartog

François Hartog es Directeur d'Études a cargo del Seminario de Historiografía en la École des Hautes Études de Sciences Sociales de París, Francia.

La versión inicial de este texto es una conferencia sobre Robert Hertz, pronunciada en París en junio de 1999 por invitación de la Asociación para la Investigación en Antropología Social (APRAS), posteriormente publicada en *Gradhiva*, N° 27, París, 2000.

Traducción de Eduardo Hourcade

Resumen

¿Cuál ha sido en el largo plazo la relación entre el testigo y el historiador? Aparentemente establecida desde hace tiempo, los problemas de la misma han sido recientemente abiertos. Impulsada por el torrente profundo de la memoria, el testigo comprendido como portador de memoria, se ha vuelto central en nuestro espacio público. Este fenómeno ocurre al mismo tiempo que la centralidad de Auschwitz en la memoria occidental se acrecienta. Luego de analizar brevemente ejemplos norteamericanos, donde el fenómeno es particularmente intenso, el artículo nos propone un rodeo historiográfico que nos lleva hacia: 1. Desde el testigo que oye al testigo que ve (modelo griego); 2. La autoridad del testigo ocular (modelo cristiano); y 3. Del despido del testigo a su retorno (el testigo como fuente).

Summary

What are in the long run the relations between the witness and the historian? Apparently settled a long time ago, the problem has been recently reopen. Carried along by the deep swell of memory, the witness understood as a bearer of memory, has now become central in our public space. The phenomenon is in keeping with the current (and recently acquired) centrality of Auschwitz in the western world. After presenting a brief analysis of the situation in the United States (where the phenomenon is very strong), the article proposes an historiographical detour: 1. From the witness who hears to the witness who sees (the Greek experience); 2. The authority of the eye-witness (the Christian model); 3. From the witness dismissed to his return (the witness as source).

Mis primeras palabras son de inquietud y gratitud. Gratitud por el honor que me hace vuestra asociación al escogerme para pronunciar esta conferencia, que es una forma de testimoniar, de recordar cada año la memoria de Robert Hertz. Y teniendo en cuenta el tema que yo me he propuesto desarrollar, no puedo sino acercarme con gusto al que sería su último trabajo que con el título «Contes et dictons recueillis sur le front, parmi les poilus de la Mayenne et d'ailleurs»¹ consistiera en una investigación oral. Gratitud también por haber recurrido a un no-antropólogo, más ahora que los buenos tiempos de la antropología histórica –con su parte de ilusiones y malentendidos pero también con todo lo que tuvieron de alegres e inventivos en sus búsquedas–, han bien pasado y cuando a veces los pliegues disciplinarios tal vez se portan mejor que las mismas disciplinas.

Y también inquietud, aunque no debiera ser dicha, porque en parte el cuestionario antropológico ha habitado siempre en mis trabajos. Después de todo, lo que finalmente sería *Le miroir d'Hérodote*, comenzó a tomar forma sin que yo todavía me diese cuenta, mientras embarcado sobre toda suerte de navíos recorría el archipiélago indonesio. Yo pretendía interiorizarme en las formas tradicionales de la navegación mientras leía a Conrad envuelto en el vapor ecuatorial y las ondulaciones del Océano Índico.

¿El testigo y el historiador? La cuestión parece saldada desde hace mucho tiempo, en sentido práctico y en sentido epistemológico. El testigo no es un historiador y el historiador, si en algunos casos puede ser un testigo, no debe serlo, porque no es sino tomando distancia respecto de los testigos (de todos los testigos, incluido él mismo) que puede comenzar a ser un historiador. Ser testigo entonces no ha sido jamás una condición suficiente, ni siquiera una condición necesaria para ser historiador. Son cosas que ya Tucídides enseñaba. La autopsia debía pasar previamente por el filtro de la crítica. Si ahora nos desplazamos del historiador hacia su relato, el problema se convierte en: ¿cómo contar como si yo lo hubiera visto (para hacérselo ver al lector) aquello que yo no he visto y que no podría haber visto? ¡Viejas cuestiones!

Luego cuando la historia finalmente llegó, en el siglo XIX, a definirse como una ciencia, la ciencia del pasado, no conocía sino por medio de «documentos». Ahora las «voces» enmudecían para convertirse en «fuentes», y al final de estas mutaciones hasta los mismos «testigos» terminaron por creer que debían parecerse a los historiadores. Péguy, que deploraba esto, hacia notar que «si interrogamos a un hombre, no tenemos sino un testigo. Pero si vamos a buscar a un hombre anciano, instantáneamente este no será sino un historiador».² Habla como un libro.

¿Y por qué volver sobre el tema? Porque los antropólogos, según me lo imagino, pueden aquí reconocerse cómodamente: el informante, ¿es una fuente o un testigo?

¹ R. Hertz, «Contes et dictons recueillis sur le front, parmi les poilus de la Mayenne et d'ailleurs», *Mélanges de sociologie religieuse et folklore*, Paris, F. Alcan, 1928.

² Ch. Péguy, *Clío. Oeuvres en prose complètes*, t. m, Paris, Gallimard, 1992, pp. 1187- 1188, Bibliothèque de la Pléiade.

¿El observador no se siente a veces empujado o tentado de ocupar el sitio del testigo? Porque, regresando a la historia, considerar una vez más, tal vez un poco mejor, esta diferencia de principio y la historia de su constitución, pudiera arrojar cierta luz sobre la historiografía. Una ocasión de recorrerla, a grandes pasos, desde los griegos hasta nosotros y de recuperar algunas de las configuraciones epistemológicas que le han servido de hogares organizadores. En fin, resulta también una manera de interrogarnos sobre el papel de ese personaje banal, familiar y, sin embargo extraño, que es el historiador dentro de nuestras sociedades.

Una vez evocadas estas primeras distinciones, hará falta desplazar la indagación a las relaciones entre ver y saber, ya establecidas por los mismos griegos y que se convierten en el problema de hacer ver y de hacer saber; lo que en otros términos quiere decir ingresar en la temática del relato histórico y de la mimesis, temática que también fuera iniciada por Aristóteles acerca de la narración como imitación de lo ocurrido. Además, la coyuntura presente desde hace más de veinte años, se halla marcada por el aumento progresivo de la figura del testigo, «la era del testigo» como la ha denominado un libro reciente,³ y que va a guiar la reflexión de lo que pienso desarrollar. Por otra parte, partir desde el presente hacia lo más antiguo, y regresar intentando comprender, por su entrecruzamiento, mejor algunos puntos, no deja de ser un camino clásico.

El testigo ¿cómo y por qué?

Impulsado por las ondas de fondo de la memoria, el testigo –entendido él mismo como portador de memoria–, se fue imponiendo poco a poco en nuestro espacio público. Como tal son reconocidos, requeridos, presentes; tal vez mejor, omnipresentes. Los testigos, diversa clase de testigos, pero en primer lugar, aquellos que son sobrevivientes. Aquellos que el latín designaba precisamente como *superstes*, que podemos traducir como «aquellos que se tienen sobre la cosa misma» o como «aquel que subsiste más allá».⁴ Los testigos de la Shoah son aquellos que la atravesaron. Incluso si el primer reconocimiento testimonial en la escena pública data del proceso a Eichman, en 1961, resultó en los Estados Unidos y de manera paradójica, que la figura del testigo se impondría. «Si los Griegos han inventado la tragedia, los Romanos la correspondencia epistolar y el Renacimiento el soneto, nuestra generación ha inventado un nuevo género literario, el testimonio». La fórmula le pertenece a Elie Wiesel, y cualquiera sea el valor que le atribuyamos, su comprensión es bastante evidente. Wiesel mismo se definió como un testigo convertido en el bardo del Holocausto. Encontramos también al género del testigo, aunque de una manera más sobria, más

³ A. Wieviorka, *L'Ère du témoin*, Paris, Plon, 1998. Igualmente, de Vincennes, 1999.

bajo la dirección de A. Wieviorka y de C. Mouchard, *La Shoah: testimonios, conocimiento, obras*, Paris, Cercil-Press Universitaires

Éditions de Minuit, 1969, p. 276.

laica y más trágica, en Primo Levi, quien como el Viejo Marin de Coleridge debe contar su historia cada vez que «inesperadamente le vuelve esta agonía».⁵

Tenemos toda clase de testimonios: escritos, transcritos, grabados, filmados; la iniciativa reciente de la Fundación Spielberg emplea a centenares de personas. Pero además tenemos la reflexión que impulsa el acto mismo de testimoniar, sus funciones y efectos sobre el testigo, los auditores o espectadores, con sus desgarramientos o recurrencias, que deben plantearnos el problema de la transmisión, vale decir todo aquello que gira en torno de lo que designa la expresión inglesa «vicarious witness».

Quien desee reflexionar sobre el fenómeno del testimonio no puede evitar partir de la centralidad presente de Auschwitz y en consecuencia de la centralidad del Holocausto (para usar la palabra con que se lo denomina en el espacio americano), donde el fenómeno testimonial puede ser, si se me permite decirlo, abordado claramente, en toda su fuerza.

En cuanto a lo que ocurre en Francia, la cuestión no puede ser separada de Vichy, del proceso al estado francés, haciendo notar que los testimonios, en el caso francés más que en otros, se han expresado en forma casi estrictamente judicial. Esto vale para los testigos en general, pero vale también para esa clase particular de testigos en que se convirtieron algunos historiadores que fueron convocados a testimoniar en ocasión de procesos por crímenes contra la humanidad.

Tres libros recientes traducen esta toma de conciencia sobre la amplitud del fenómeno y proponen una reflexión sobre el testimonio: el del sociólogo Renaud Dulong, *Le témoin oculaire*; el de la historiadora Annette Wieviorka, *L'Ère du témoin*; y más recientemente, el de un filósofo, Giorgio Agamben, *Ce qui reste d'Auschwitz*. Son tres libros eruditos y que reflexionan en un escalón más arriba del testimonio. El primero es una «indagación sobre las condiciones sociales del testimonio» y que incluye esta definición: «ser testigo no es solamente haber sido espectador de un evento sino declarar haberlo visto» y comprometerse a decirlo en los mismos términos.⁶ A. Wieviorka propone también una «reflexión sobre la producción del testimonio». Y también Agamben reflexiona sobre los «desfases inscriptos en la estructura misma del testimonio».⁷

Veamos cual es la manera en que los testimonios y el deber de testimoniar se impusieron en los Estados Unidos, aclarando que me limitaré a una de sus manifestaciones más recientes y masivas. Se trata del emblemático United States Holocaust Memorial Museum, construido en Washington, sobre el Mall e inaugurado en 1993. Cada elemento es importante. Conmemorado en ese recinto consagrado, el Holocausto se convierte en un elemento de la historia americana inscripto en su memoria colectiva. Desde su arquitectura, el monumento resulta un testimonio a ser descifrado: la forma,

⁵ P. Levi, *Les Naufragés et les rescapés*, Traducción francesa, Paris, *l'attestation personnelle*, Paris, édit. de la EHESS, 1998.

Gallimard, 1989, p. 10.

⁷ G. Agamben, *Ce qui reste de Auschwitz*, Traducción francesa,

⁶ R. Dulong, *Le Témoin oculaire. Les conditions sociales de* Paris, Rivages, 1999

el uso de ladrillos, las vigas metálicas que recuerdan «the hard industrial forms» del Holocausto.⁸ El visitante ingresa atravesando un espacio precisamente denominado «Hall of Witness», espacio frío que el arquitecto describe «como una estación»; desde allí, el visitante está obligado a desplazarse por medio de ascensores para ganar los tres pisos reservados a la exposición permanente, antes de encontrarse en el vacío espacio hexagonal del «Hall of Remembrance».

La exposición combina fotos, filmes, objetos, en tanto diversas estrategias de aprehensión de lo real. Los organizadores del museo pensaron que resultaba importante poseer objetos auténticos, presentes en su materialidad y capaces de permitir un contacto casi físico, de manera que se convirtieron en coleccionistas y arqueólogos del Holocausto. En cuanto a las fotos, las mismas atestiguan de esos niños, mujeres y hombres, que fueron y ya no son más, combinando para siempre ausencia y presencia. Toda la pedagogía del museo apunta a llevar a que sus visitantes, durante el transcurso de su tránsito se identifiquen con las víctimas; al punto que en el momento del ingreso les son proporcionadas facsímiles de los documentos de identidad de los deportados. Pero más allá de esta puesta museística del Holocausto para los siglos venideros, la visita puede transformar a cada visitante (y son millones) en un testigo por delegación, un testigo sustituto, un vicarious witness. Más aún, según las palabras de su director, la visita al museo contribuye «una profundización de la vida cívica y política americana y a un enriquecimiento de la fibra moral de este país».

En 1994 se puso en funcionamiento, la Survivors of the Shoah Visual History Foundation, impulsada y concebida por Steven Spielberg. ¿Historia visual? «I want to get everybody's stories». Como Schindler, Spielberg querría salvarlos a todos: recoger todos los testimonios de los sobrevivientes, incluso de aquellos que ya han sido testimoniados. Memoria y pedagogía para los jóvenes de hoy, por medio de CD Rom y acceso on line. El Holocausto interactivo puede llevarse a domicilio. Las críticas que tal proyecto suscitara, como los problemas de seguridad a ser considerados (sin olvidar la preocupación por no darles la más mínima posibilidad a los negacionistas) han retardado un poco su realización. Se trata, en síntesis, de volver presente un pasado real por la mediación de lo virtual. Se ponen en juego la delicadeza y peligrosidad de la utilización de lo virtual y lo real con fines pedagógicos. Spielberg cree que esta forma de video-historia va a hacer escuela, y que va a cambiar «las maneras en que la gente conserva su historia, ya se trate del movimiento feministas, de los derechos civiles, de los gays o de las lesbianas». La etapa siguiente será la Guerra de Vietnam «next in line for the on-line».⁹ O sea que pasaremos así del testigo al espectador sin intermediarios.

Spielberg no ha llegado a un campo virgen, pero teniendo en cuenta los medios de que dispone, parece dispuesto a ocuparlo por entero. De existencia bastante anterior, el Fortunoff Video Archive for Holocaust Testimonies se concibió con objetivos distintos, no el hecho de contar una historia, sino el de dar la posibilidad a quienes

⁸ E. Linenthal, *Preserving Memory. The Struggle to create America's Holocaust Museum*, Penguin Books, 1997, p. 88.

⁹ A. Shatz, A. Quart, «Spielberg's List», en: *Village voice*, 9 de enero de 1996. p. 32.

querían contarla de testimoniar. Dori Laub, cofundador de los archivos y autor junto con Soshana Feldman de *Testimony*, un libro que al presente resulta muy citado, que consiste, a la vez, en un testimonio propio (el de su infancia como sobreviviente), en el de alguien que se ha consagrado a recoger testimonios de terceros y el del observador del acto mismo de testimoniar.¹⁰ Esta larga experiencia de trabajo con testigos y sobre testimonios, le permiten elaborar la noción de «acontecimientos sin testigos», no sólo porque evidentemente no los hay, sino porque el estallido del acto mismo del testimonio disuelve la posibilidad de toda manifestación testimonial.

Veamos el contexto de tales opiniones. El libro de Peter Novik *The Holocaust in American Life*, traza las etapas que han hecho pasar del Holocausto desde los márgenes al centro –en la actualidad varios millares de profesionales se dedican al mismo a tiempo completo–, y aclara el contexto de estos desplazamientos en un país reputado por cultivar al mismo tiempo el gusto por la novedad y la amnesia.¹¹ Se ha puesto en primer plano la necesidad de luchar contra un antisemitismo renaciente, de rebatir al puñado de negacionistas (A. Butz), pero sobre todo ello ocurre en un momento en el que la identidad se reivindica como diferencia, y donde el Holocausto deviene el único denominador común identitario de los judíos-americanos. En la carrera por el reconocimiento público debe agregarse también, una especie de «competición victimaria» que el historiador Ch. Maier ha denominado «competition for enshrining grievances»: tener un lugar, si es posible el más destacado en esta competición.¹² De donde surge el tema de lo aleccionador, y el testigo es puesto en el rol no de quien da sino de quien porta esta lección.

Quisiera hacer en este punto, y sin querer extenderme demasiado sobre el Holocausto en los Estados Unidos, tres observaciones de distinto orden. La primera sería interrogarnos sobre si no vivimos en una sociedad mediática donde los testigos son una mercancía. A toda costa se deben presentar testigos, sometidos al imperativo de la difusión directa y de la proximidad, atrapados ellos mismo por un aura compasiva. A diferencia del testigo aquel de quien nos hablaba Peguy, estos nos hablan más como un libro, no se transforman más en historiadores, sino que al contrario son una voz, un rostro, una presencia, una víctima. A partir de las primeras fotos de los Campos, que se conocieran en el momento de su liberación, el rol jugado por lo visual entre los testimonios se ha acrecentado constituyendo pruebas tanto de verdad como de autenticidad, comenzando por el editorial de *Stars and Stripes* publicado el 26 de abril de 1945 que decía «las fotos no mienten». Aquellas fotos, republicadas infinitas veces por la prensa en oportunidad de conmemoraciones, en exposiciones y museos han quedado como referencias para medir el horror.¹³

¹⁰ S. Felman, D. Laub, *Testimony. Crises of Witnessing in Literature, Psychoanalysis and History*, New York, Londres, Routledge, 1992.

¹¹ P. Novik, *The Holocaust in American Life*, Boston, New York, Houghton Mifflin Co., 1999

¹² Ch. S. Maier, «A surfeit memory? Reflections on History, Melancholy and Denial», *History and memory*, 5, 1993, p. 147.

¹³ B. Zelizer, *Remembering to forget. Holocaust Memory through the Camera's Eye*, Chicago, Chicago U.P., 1998, p. 144.

Recoger, registrar, conservar, fijar cada uno de los testimonios, y hoy en día el de todos, supera el viejo imperativo deuteronomico de al menos dos testigos, para plantearnos, al contrario, escuchar la singularidad de cada uno, permitiendo a cada testigo decir su historia, finalmente (o nuevamente).

La puesta en primer plano de los testigos nos lleva así a una ensanchamiento de la noción de Testigo. Testimony, el texto citado más arriba, dedica algunas de sus páginas a Paul Celan. Su poesía es leída como un testimonio sobre la exterminación, tal como ésta lo es, pero también nos permite percibir todo aquello que, instalando a Celan en el simple rol de testigo, puede tener de reductor sobre su obra. También se incluyen relecturas recientes de Camus.

La Peste es considerada como un testimonio, una «crónica». Siendo llamado a atestiguar en ocasión de un acontecimiento criminal, relata el narrador, que el doctor Rieux «guardaba una suerte de reserva, como es conveniente a un testigo de buena voluntad», incluso si él mismo se colocaba del lado de la víctima (p. 1468). Como si el narrador aquí hiciera «trabajo de historiador».¹⁴ Por supuesto que sería simplista (y falso) identificar el testigo Rieux con el «testigo» Camus. Pareciera que luego de haber atravesado una época que colocaba todo en el texto, eludiendo a los sujetos, hoy quisiéramos volver a los sujetos olvidando a los textos, olvidando tal vez que Camus conocía bien a Tucídides y a la peste de Atenas.

Desde la relativa indiferencia de la inmediata posguerra, a su recuperación en los años setenta, la curva del atestiguamiento experimenta, seguramente, una urgencia generacional, así como –en proporción difícil de medir– la voluntad más que legítima de refutar a algunos asesinos de la memoria, que pretendían asentar sus tristes estrados precisamente sobre el punto central y doloroso de los testimonios. Porque siendo que el plan de exterminación preveía también la supresión de los testigos y de las huellas del crimen, los testigos desde el comienzo tuvieron un lugar crucial.

No obstante, con el curso de los años, la masa de testimonios encontrados y descubiertos se ha ido agrandando.¹⁵ El plan ha fracasado, o como lo dijo Henri Alleg en *La Question*: «hoy sabemos todo». Ahora, los revisionistas y negacionistas han comenzado allí donde los nazis se detuvieron: «Muéstrenme aunque sea, un sólo testigo». Y la ironía quiere que el padre del revisionismo, Paul Rassinier –sobre cuya biografía Nadine Fresco viene de practicar una fría autopsia– hace jugar en principio su calidad de testigo; un testigo que en su testimonio acerca de los Campos, como punto de partida no desea establecer, sino «restablecer la verdad, destinada a los historiadores y a los sociólogos del futuro».¹⁶

¹⁴ A. Camus, *La peste*, Paris, Gallimard, 1965, pp. 1222, 1468, Bibl. de la Pléiade.

¹⁵ Además de los trabajos de Wieviorka, ver en particular R. Ertel, *Dans la langue de personne. Poésie Yiddish de l'anéantissement*, Paris, Le Seuil, 1993.

¹⁶ P. Rassinier, *Le mensonge d'Ulysse*, primera edición de 1950. La frase citada está al final de la dedicatoria de la edición de 1998. Ver también N. Fresco, *Fabrication d'un antisémite*, Paris, Le Seuil, 1999.

En tercer lugar, la imposibilidad del atestiguar. Existe en primer lugar la distancia entre lo que se ha experimentado y lo que se puede decir. Esto ha sido puesto de manifiesto, entre otros, por Robert Antelme: «Hay una desproporción entre la experiencia que vivimos y el relato que es posible hacer de ella».¹⁷ Además porque, según la expresión difícil a manejar de D. Laub, se trata de «acontecimientos sin testigos». O, como reformula R. Dulong sin la posibilidad de una atestiguación compartida, de manera que la regla de los dos testigos nunca puede ser aplicada. En cuanto a Primo Levi, él va todavía más allá: «Nosotros, los sobrevivientes, no somos los verdaderos testigos... Son ellos, los musulmanes, los sumergidos, los testigos completos, aquellos de cuya deposición obtendríamos una significación general. La destrucción que llegó a su término, nadie podría contarla, de la misma manera que nadie ha vuelto a contarnos su propia muerte».¹⁸ Toda la reflexión de Agamben parte precisamente de esta frase de Levi. Y yo escucho como un eco directo de esta frase en cinco palabras de Paul Celan: «Niemand zeugt für den Zeugen...».¹⁹

El testigo está sólo, nadie puede testimoniar por él. No hay persona hacia quien voltearse. Entre quien ha sido testigo y los otros, no hay más que él. El testigo se encuentra más solo porque el «verdadero» testigo no puede atestiguar ante nosotros. No es entonces sino sobre un testigo delegado, de substitución, sobre el que pesa la todavía más pesada carga de testimoniar.

Del testigo que escucha al testigo que ve

Partiendo desde el presente hacia un pasado lejano, yo ahora me propongo un rodeo por la historiografía, que puede valer como ejercicio de mirar a la distancia, comenzando por algo así como la prehistoria de las relaciones entre el historiador y el testigo.

El griego antiguo unía ver y saber, planteando como evidencia que para saber hace falta ver, antes que oír. Los oídos, dice un personaje de Heródoto, son menos creíbles que los ojos.²⁰ Idein, ver, y oida, yo sé, que como es sabido nos reenvía a la raíz común *wid*. En la epopeya homérica aparece un personaje que es denominado *histôr*, que deviene de la misma raíz. Según Benveniste, este último sería «un testigo en tanto que sabe, pero sobre todo, en tanto que ha visto».²¹ No obstante el *histôr* que interviene en dos situaciones de conflicto, ni ha visto ni ha escuchado. Durante los funerales de Patroclo, Ajax e Idomeneo, están en desacuerdo sobre cómo saber quién está a la cabeza en la carrera de carros luego de que hubieran doblado la marca. Ajax apuesta contra Idomeneo y propone tomar a Agamenón como *histôr*.²² Cualquiera fuese la función de Agamenón, está claro que él no ha visto nada de la escena en cuestión. Por otra parte, en el extraordinario escudo que fuera forjado por

¹⁷ R. Antelme, *L'Espèce Humaine*, Paris, Gallimard, 1957, p. 9.

²⁰ Herodoto, 1. 8.

¹⁸ P. Levi, op. cit., p. 82.

²¹ Benveniste, op. cit., p. 173.

¹⁹ P. Celan, *Gloire des cendres*. Poemas escogidos, Paris, Gallimard, 1998.

²² Homero, *Ilíada*, 23, pp. 482-487.

Hefaiostos para Aquiles se representa una escena en donde dos hombres opuestos por un grave diferendo (la indemnización por un asesinato) deciden convocar a un histôr.²³ En este caso tampoco este último es testigo de dicha muerte.

Interviniendo en ambos casos en situaciones de diferendo, el histôr no es alguien que por su sola intervención va a ponerle fin, expresando su arbitraje entre dos versiones conflictuales, sino según me parece, que será el garante –en el presente pero sobre todo para el porvenir– de aquello que se conviniere finalmente entre las partes. Antes que tener ojos, el histôr tiene que tener oídos.

¿Cuál sería el papel del testigo, denominado en griego martus? La etimología nos conduce hacia la raíz de un verbo que indica acordarse, en sánscrito smarati, en griego merimna, y que diera lugar al latín memor(ia).²⁴ Siempre dentro de la epopeya, en el momento de pronunciar un juramento, los dioses son puestos por testigos, theoi marturoi, los dioses son invitados no a ver sino a oír los términos de un pacto. Se trata también de oír y de guardar en la memoria. También entonces el martus posee sobre todo oídos. Notemos que se puede igualmente decir, en el caso de un juramento, Istô Zeus, («Que Zeus lo atestigüe, que sea testigo...»), expresión en la que encontramos la misma raíz wid presente en histôr. En latín Júpiter será invocado diciendo Audi Juppiter.

Pero entonces ¿cuál resulta la diferencia entre histôr y martus, siendo que ambos deben tener en primer lugar (aunque no sólo) oídos? Lo que varía de uno a otro es el contexto de su intervención y la respectiva relación con el tiempo. El histôr que interviene en una situación de diferendo, es requerido por ambas partes, escuchando a una y a otra; en tanto que el martus, no tiene que preocuparse sino de un solo lado; más precisamente sólo le concierne oír a una de las partes. El martus interviene en el presente, y para el porvenir, en tanto que el histôr debe agregar la dimensión del pasado, siendo que su intervención que ocurre en el presente, se compromete con el futuro con respecto a una querella ocurrida en el pasado.

Del martus como testigo (no-ocular), mejor decir como garante, nos hemos desplazado rápidamente al testigo como autoridad. De esta forma, Heródoto al invocar, en apoyo de lo que él viene de afirmar, al oráculo de Ammón en Egipto, nos dice que él «testimonia» maturei. De igual modo que Homero, quien resulta citado, «atestigua» las observaciones y argumentos del narrador de las Historias.²⁵ Aquellos a los que Aristóteles nombra en la Retórica como «viejos o antiguos testigos», palaioi martures.²⁶ También comprenden al testigo ocular. Tucídides nos aportará un último ejemplo, cuando contrapone los testimonios que surgen de relatos sobre acontecimientos pasados, con los que han visto los auditores del discurso que está siéndoles dirigido. «Para qué hablar a ustedes de acontecimientos muy antiguos, en tanto que son atestiguados sobre todo por relatos (martures logon) que hemos escuchado y no

²³ Homero, *Iliada*, 18, pp. 497-508.

²⁵ Herodoto, 2, 18, pp. 4, 29.

²⁴ G. Kittel *Theological Dictionary of the New Testament*, s.v.

²⁶ Aristóteles, *Retórica*, 1, 15, 13.

Martus.

por lo que han visto nuestros auditores (opsis tôn akousomenôn)».²⁷ Los «testigos» provienen de las palabras y del pasado, del costado de lo que no hemos visto o lo que no podríamos haber visto.

El antiguo histôr, tal como la epopeya nos lo presenta al pasar, me parece ser próximo al mnêmôn, ese hombre-memoria o «registro viviente», como lo denominara Louis Gernet, y en el cual reconocía «el advenimiento en el derecho de una función social de la memoria».²⁸ No pudiendo retomar aquí el camino que nos conduce del primer historiador (a historein y historiê), subrayo simplemente aquello que del primero subsiste o ha pasado hacia el segundo. Heródoto emplea el verbo historein para designar el tipo de trabajo que él ha realizado, en general en el contexto de una indagación oral. Cuando se propone resolver la cuestión de las fuentes del Nilo, afirma: «Yo he ido y visto con mis ojos (autoptês) hasta la ciudad de Elefantina. Respecto de lo que sigue más allá, yo efectué una indagación oral (akoei historeôn)».²⁹ Esta averiguación que confronta lo que sabe, o lo que se dice, especialmente entre los Griegos, con lo que dicen sus interlocutores (que también hablaban griego), nos indica que de alguna manera ambos costados son tenidos en cuenta, aquello que era la razón de ser del antiguo histôr. De una forma más sorprendente, desde hace mucho tiempo se han subrayado los interrogantes planteados por la frase de apertura de las Histoires, que dejan constancia que las mismas han sido efectuadas tanto del lado de los Griegos como del lado de los Bárbaros, afirmando una simetría, que resulta desmentida por la composición misma de la pareja griego-bárbaro, asimétrica por definición.

Pero, por un instante más, regresemos a la epopeya. En la escena que enfrenta Ulises al bardo de los Pheacios, se dibuja una remarcable configuración del saber, el del historiador y el del testigo. En efecto, Ulises quien todavía no ha recobrado su identidad, le ha pedido que cante la toma de Troya, cosa que éste hace muy bien «de manera demasiado perfecta», dice el texto. Y Ulises no se priva de decirle: «Tú cantas demasiado ajustado al orden las infelicidades de los aqueos/ todo lo que ejecutaron y sufrieron y todo lo que los aqueos soportaron/ como si en alguna parte tú hubieras estado allí o que tú lo hubieras escuchado a otro».³⁰ Como si el bardo fuese un historiador como es debido, en tanto que Ulises tiene certeza de que nada ha visto ni escuchado. Se trata de un bardo ciego que saca todo su saber de la Musa, quien es a su vez definida como la que está siempre allí, siempre presente y omnisciente. Ulises sabe mejor lo ocurrido, en tanto que él ocupa la posición del testigo (de superstes), de único testigo. Emblemática en muchos sentidos, esta escena nos pone en presencia de un bardo, suerte de super-historiador, para quien ver, oír y decir, no son más que una sola y misma cosa –un «historiador» que ocupa la posición de sólo sujeto de enunciación– y un testigo mudo (que llora).

Tucídides tomará para sí el lugar de enunciador omnisciente. Pero él que se quiere decididamente moderno, alejado no sólo del dispositivo de la palabra épica, sino

²⁷ Tucídides, 1, 73.

²⁹ Heródoto, 2. 29.

²⁸ L. Gernet, *Anthropologie de la Grèce*, Paris, Maspero, 1968, p. 286

³⁰ Homero, *Odisea*, 8, pp. 489-491.

también en ruptura con la historia de su predecesor inmediato, necesita legitimar un sitio de la enunciación retrabajando sobre la «autopsia», lo que lleva aparejado una crítica de los testigos y de la memoria que tiene por corolario que la única historia realizable sea la historia del tiempo presente. Podríamos sostener que la autopsia es una manera de recusar, o de hacer callar a los testigos: el ojo del historiador en contra de los oídos de los testigos.

El latín dispone de varios vocablos, estudiados por Benveniste, para designar al testigo, que precisan su función y enriquecen la noción. Además de la ya mencionada *superstes*, tenemos *arbitrator* (en su sentido más antiguo, aquél que ha asistido a alguna cosa), *testis* (y también *terstis*, aquél que asiste como tercero); *auctor* (el garante, como el *palaios martus* de Aristóteles).³¹ En cambio, Roma no nos ha enseñado demasiado sobre el testimonio ocular en la historiografía, o sobre la pareja testigo/historiador. La historia romana, aunque pueda ser un juicio apresurado, es una historia sin historia (para decirlo en el sentido griego de indagación), sin testigos, sin autopsia, e incluso sin atender a ambos lados (Roma está toda entera en Roma). La historia es concebida como un discurso literario, narratio, compuesta por autores (*scriptores*) que apelan, cada vez que lo estiman necesario, a los garantes o a las autoridades (*auctores*).

La autoridad del testimonio ocular

El historiador griego quería, ya sea retardar el olvido de los grandes momentos (Heródoto), ya sea dar un instrumento que permitiera no la previsión, sino la inclusión en el porvenir de lo que vendría a ocurrir (Tucídides); pero su tarea o su misión de ninguna manera era la transmisión precisa de una experiencia para que fuera preservada como tal, en su singularidad. Solamente con los primeros cristianos, al final del primer siglo de nuestra era, el testigo va a convertirse en figura indispensable, crucial para el establecimiento y la validación del encadenamiento de la tradición. Como se sabe, el testigo fue judío antes de ser griego. Desde el instante en que entramos en el espacio de las religiones reveladas y del libro, la concepción misma de testigo no puede restar inmodificada, y la figura moderna del mismo no puede sino encontrar en ese momento una de sus marcas profundas.

En efecto, el testigo es una figura importante dentro de la Biblia. Testigo que ha visto o ha oído, testigo que atesta y se porta como garante, testigo que acusa y que testimonia frente al tribunal. El Deuteronomio fija así aquella famosa regla, antes aludida, de los, como mínimo, dos testigos necesarios para acusar y condenar a un hombre. La escena del tribunal donde el testigo es convocado, puede también ser traspuesta, por ejemplo, en el libro de Isaías, donde se dan cita Yaveh, las naciones e Israel.³² Las naciones son invitadas a presentar sus testigos (cosa de lo que ellas son ciertamente incapaces, en tanto las mismas no tienen ningún testimonio para

³¹ Benveniste, *op. cit.*, pp. 119-121, 277.

³² Isaías, 41, p. 21 sq.

producir en favor de sus falsos dioses), mientras que Yaveh hace de su pueblo su «testigo» (martures) y su servidor. Yaveh se presenta a sí mismo como un testigo, testimoniando acerca de otros, o por otros, abogado y juez, pero también él es el único capaz de ocupar esta posición, testigo de sí mismo.

En una escena menos grandiosa y más inmediatamente cercana a nuestras interrogaciones, Flavio Josefo, resulta ser, si nos atrevemos a decirlo, un buen «testigo». Que se trate, en efecto, del suicidio colectivo en la gruta de Yotapata o del suicidio de Masada, su relato, como se ha observado, nunca contraviene la regla de los dos testimonios. En el primer caso, él mismo y uno de sus acompañantes, y en el segundo caso, las dos mujeres sobrevivientes, son quienes pueden testimoniar sobre lo que ha pasado.³³

Mientras que Tucídides establecía una disyunción básica entre el testigo y lo visto, Flavio Josefo opera una conjunción. Asistente al sitio de Jerusalén, Tito es declarado por Josefo *autoptês kai martus*, quien ha visto por sus propios ojos (pudiendo ser el historiador) es el testigo (posee un poder de autenticación). Porque el vocablo *martus* no es simple redundancia, agrega una dimensión de autoridad. Josefo precisa inmediatamente que Tito es «el soberano dispensador de recompensas y de castigos».³⁴ Buen ejemplo con resonancias al mismo tiempo griegas y judías.

Josefo transitó por esta vía bastante más camino. Defendiendo a las Guerras Judías contra sus calumniadores, se presenta como un historiador que practica la autopsia, a la manera de Tucídides. Su historia es verdadera; pero le hace falta más: Josefo sostiene haber «tomado testimonio» a aquellos que habían comandado en la guerra, Vespasiano y Tito. «El emperador Tito, agrega en su Autobiografía, tenía tal deseo de que el conocimiento de estos acontecimientos fuera transmitido a los hombres sólo a través de mis libros, que les agregaré su propia firma y ordenará su publicación».³⁵ Ahora, nos encontramos en las antípodas de Tucídides y de la práctica historiográfica griega, cuando asistimos a la primer puesta en obra de este procedimiento, que se convertirá en la regla durante la Edad Media, la autenticación. El testigo es el garante (el auctor en latín) y el mejor testigo será por supuesto aquél que se encontrase disponiendo de la más alta autoridad.

Conservando este cuadro general, los cristianos van a hacer del testigo ocular no solamente la piedra angular de la Iglesia naciente, sino también del testigo, del testimonio, y de su dramaturgia judicial una expresión de la Revelación, una manera de decirla, recuperando y desplazando al Antiguo Testamento. Aunque me faltan el espacio y la competencia, nuevamente me limitaré a algunas anotaciones. El texto más interesante respecto a esta cuestión es el Evangelio de Juan, evangelio por excelencia del testimonio y sobre el testimonio. Se abre con el testimonio de Juan

³³ Flavio Josefo, *Guerras Judías*, 3, 8, pp. 7, 8-9.

³⁴ Flavio Josefo, *Guerras Judías*, 6, 34.

³⁵ Flavio Josefo, *Autobiographie*, 363.

Bautista, interrogado por los fariseos; todo en esta escena es propio del atestiguar. Comienza por ser una voz («ha venido para testimoniar») y se cierra por un versículo que tampoco le pertenece al evangelista. «Este es (Juan) el discípulo que siempre dio testimonio de estas cosas, que las escribió y nosotros sabemos que su testimonio es verdadero».³⁶ Él también estuvo, él que era el discípulo que Jesús amaba, el que lo siguió y el que entró en la tumba vacía. «Él ha visto y ha creído». Juan es un testigo verídico (dejo aquí de lado la cuestión de saber si Juan, hijo de Zébedo, es o no el autor del evangelio). Desde principio a fin, diversos episodios se suceden, expresando este debate, teniendo como fondo recurrente este proceso entre los judíos, los fariseos en particular, y Jesús, que gira alrededor de la cuestión del testimonio. ¿Quién es Él? Si Jesús va a testimoniar sobre sí mismo, su testimonio no puede ser verdadero, en virtud de la ley que impone los dos testigos.

Para Lucas estos problemas se plantean de una forma diferente y su intervención se coloca en otro plano. Hay menos de mística o de una teología del atestiguar, que una efectiva sucesión de testigos. No habiendo tenido contacto directo con los acontecimientos, porque pertenece a la segunda o tercera generación, Lucas estima que ha llegado el momento de proceder a una primer puesta en orden, y a una fijación de la tradición, vale decir, el establecimiento de una línea testimonial. «Porque muchos (escribe en el prólogo) se han abocado a reproducir un relato de los acontecimientos ocurridos entre nosotros, partiendo de lo que nos han transmitido aquellos que desde el comienzo fueron testigos oculares y servidores de la palabra (autopkai kai hupetai genomenoi), me ha parecido bien, también a mí, luego de haberme informado meticulosamente de todo a partir de sus orígenes, redactar cuidadosamente para ti el siguiente escrito, excelente Teófilo, para que puedas reconocer la solidez de las palabras que tú has escuchado».³⁷

Todos los vocablos griegos interesan. Naturalmente han sido muy comentados y el prólogo en su conjunto ha sido comparado con los prefacios de los historiadores o de las obras científicas (médicas) de los griegos. Lucas indica al destinatario de su evangelio que el relato partirá desde los orígenes, apoyándose en aquellos que han visto con sus propios ojos. No emplea el vocablo griego «testigos» sino el de resonancias más tucidideanas *autoptai*. Los apóstoles han visto por sus ojos. Pero a *autoptai* le agrega inmediatamente el término *hupeterai*, servidores, al igual que su participio *genomenoi*, que en este caso, según creo, conviene traducir como «aquellos que desde el comienzo han sido *autoptai* y servidores». Aquellos que vieron y se han convertido en servidores, o para decirlo de otro modo, aquellos que vieron y creyeron, y aquellos que han devenido servidores son aquellos que han visto. Ver y servir van a la par. Aquellos que han visto sin convertirse en servidores, en el fondo

³⁶ Jean, 21, 24.

³⁷ Luc, 1, 1-4. Utilizo la traducción francesa de F. Bovon, Ginebra, Labor et Fides, 1991.

no han realmente visto, y quienes se convirtieron en servidores han visto, podríamos agregar, con los ojos de la fe. Es a partir de estas proposiciones que Kierkegaard asentará su paradoja de la contemporaneidad.³⁸

Finalmente, comprendemos cómo, en un contexto tal de valorización del testigo, podría pasarse del testigo, *martus*, al mártir, aquél que con su sangre testimonia no de sí mismo, sino de Cristo y que deviene, a su turno, un eslabón de la cadena de los testimonios.

En cuanto a la historia, un poco más tarde, con Eusebio de Cesarea y su *Historia Eclesiástica*, ella devendría la historia de la sucesión de los testigos, desde el Salvador hasta el presente. La historia tiene por objeto establecer, preservar y transmitir la continuidad de los apóstoles y de los obispos, sus sucesores, de separar aquello que debe entrar en el canon textual de lo que no. Para ello, Eusebio cita a los «testigos», y luego a los testigos de los testigos, poniendo en primer lugar a aquellos que tenían más autoridad, y reuniendo así sus «testimonios»: textos, cartas, documentos diversos. En definitiva, esta historia es una historia con testigos pero sin autopsia. La posición del historiador resulta siempre secundaria, incluso cuando arriba hasta el presente.³⁹ Mientras que Tucídides hacía callar a sus testimonios, Eusebio les cede completamente la palabra y se diluye detrás de ellos. El historiador en tanto compilador que más nítidamente encontraremos en el siglo XIII comienza a estar ya presente.

Del despido del testigo a su retorno

Llegados a este punto de nuestro rodeo historiográfico, todos los componentes del testigo, tal como los hemos recibido y olvidado, ocupan su lugar, de manera que el camino restante puede ser recorrido más rápido. El testigo (humano o divino) se halla en el centro de los escritos cristianos y en corazón de la Iglesia como institución. Sin embargo, este triunfo del testimonio parece paradójicamente abrir una época donde el testigo, como presencia viva, va a ser despedido. Porque lo que en los siglos siguientes la autoridad será el testigo como auctor.

En el siglo VIII, cuando Beda inicia su *Historia eclesiástica del pueblo inglés*, comienza por nombrar a sus principales testigos, autores, sus garantes, sus autoridades, a quienes designa una página más abajo como *testis*, el término entonces usual para testigo.⁴⁰ Se trata de personas que han accedido al conocimiento de distintas formas (orales y escritas). Al igual que Eusebio, Beda recoge y reúne a sus testigos ad *instructionem posteritatis*. Si los traducimos como «fuentes» tal como hacen los historiadores modernos, quemamos una etapa. Una economía testimonial de tal tipo produjo lógicamente un sistema organizado de evaluación a partir de la polaridad de lo auténtico y lo apócrifo, lo que en verdad consiste en un pasaje de la autoridad

³⁸ S. Kierkegaard, *Miettes philosophiques*, Paris, Edit. de l'Orante, 1977, pp. 97, 102.

³⁹ Cfr. F. Hartog, *L'histoire d'Homère à Augustin*, Paris, Le Seuil, 1999, p. 270.

⁴⁰ Beda, el Venerable. *Histoire ecclésiastique du peuple anglais*, Prefacio, Edit. B. Golgrave, Oxford, 1991.

respectiva de los testigos, desde aquél que la tiene máxima hasta los más demunidos. Un sistema tal de producción y control de enunciados no se recorta más, como es fácil de comprender, sobre la distinción entre lo verdadero y lo falso. De allí porqué el triunfo del testigo puede ser también considerado, en otro sentido, su canto del cisne.

Consecuentemente, el historiador desde fines del siglo XII hasta el siglo XIV, se presentará en los prólogos de las obras históricas como compilador (*colligere, compilare*) reivindicando asimismo la calidad específica del compilador, no ser un auctor.⁴¹ Quiere decirse, en primer lugar, que no se es un testigo, que se carece de autoridad propia. ¿Cuál es su tarea? Reunir los textos de otros; su propio texto está compuesto de extractos que pertenecen a autores. De esta forma, en muchos casos, el compilador permanecería anónimo. No obstante, rápidamente se reivindicará, en primera persona, y con su propio nombre, en tanto compilador. Ego... *compilavi*, no soy un auctor, pero soy el autor de mi compilación. Incluso los prólogos se convertirían en compilaciones de prólogos anteriores. Parecen decirnos: «Miren, yo soy un compilador que conoce el oficio». Finalmente una nueva audacia, la autoridad naciente del compilador lo llevaría a utilizar de vez en cuando, junto a textos auténticos, textos apócrifos, es decir sin autoridad propia, pero que según el compilador, pueden ser leídos y creídos, algo que ocurre con más frecuencia a partir del siglo XIII. A medida que el compilador se convierte en autor, menos los autores serán autoridades, o para decirlo de otra forma, la transformación del auctor de testigo en fuente pasa por el afianzamiento del historiador como compilador.

Cuando en el siglo XIX, la historia devenga ciencia, ciencia del pasado, no le falta sino declarar que ella se hace con «documentos». Langlois y Seignobos precisarán que la autenticidad, término tomado «prestado del vocabulario judicial, se relaciona con la procedencia y no con el contenido del documento», y que siendo la historia una ciencia constituida no puede aceptar otros medios que «la transmisión escrita».⁴² La historia es la ciencia de las trazas escritas. Desde la orilla del presente, el historiador ausente no es más que un ojo lector de los archivos. Los testigos son despedidos; el auctor se ha ido, pero el compilador también será recusado: los acontecimientos hablan; el historiador, tal como es instado por Bouvard y Pécuchet, debe (idealmente) no ser más que un scriptor, podríamos decir un copista.

Por supuesto que esta ciencia pura, positiva y crítica, en la que Fustel habría querido crear, fue siempre contestada. La misma ha sido recusada pero también reemplazada por otra clase de ciencia que buscaba en la profundidad de estructuras invisibles a simple vista, la aprehensión del auténtico movimiento real de las sociedades. Una historia que numeraba y medía; historia anónima de las fuerzas productivas, historia arqueológica, incluso arquitectónica, de las duraciones muy largas. Los testigos

⁴¹ B. Guenée, «L'historien et la compilation au XIII siècle», *Journal des savants*, janvier-septembre, 1985, p. 124.

⁴² Ch. Langlois, Ch. Seignobos, *Introduction aux études historiques*, Paris, Hachette, 1898, pp. 133, 53.

auténticos son índices a ser calculados, y sus testimonios las curvas que ellos permiten construir. Las fuentes se convierten en datos, que correctamente tratados y colocados en máquinas, dicen lo que ellos no podrían haber dicho en estado bruto. Puestos en serie, los testimonios responden a preguntas que ellos no suscitaban directamente.

Los testigos del primer nivel no saben más lo que dicen, más exactamente, ellos no podrían saberlo. Sólo el historiador (aunque esto vale para todos los especialistas de las ciencias sociales) está en condición de descifrar, es decir, de reconstruir los mensajes de los que son portadores. Esta clase de historiador practica y reivindica una forma de autopsia distinta de la de Tucídides. Es un historiador de huellas cada vez menos visibles (invisibles a simple vista) guardando la misma pretensión de ver lo real, y que como Tucídides también es en todo caso el solo sujeto de la enunciación. Se va a operar el paso de esta historia anónima a una historia de los anónimos, tal como será, al menos parcialmente, en la agenda de trabajo de la historia de las mentalidades.

Pero a lo largo del siglo XIX y XX, las voces disonantes no han dejado de oírse. Y todas, de una manera o de otra han intentado reintroducir a los testigos y a los testimonios. Ya no como un sistema de autoridades, distinguiendo lo aceptable; ni tampoco como elementos constitutivos de un esquema, sino como presencia, como voz y como memoria viva. En primer lugar, nos encontramos con Michelet, a justo título invocado como ancestro por la historia de mentalidades. «En las galerías solitarias de los archivos, por las que erré durante veinte años, en ese profundo silencio, llegaban sin embargo a mis oídos unos murmullos. Los lejanos sufrimientos de tantas almas asfixiadas de épocas antiguas, se quejaban en voz baja».⁴³ Los documentos son voces que nos demandan y que transportan una deuda a ser cancelada. Para escuchar estos testimonios, el historiador debe gracias a los archivos, sumergirse en las profundidades de una época; debe «pasar y repasar el río de los muertos», transgredir deliberadamente la frontera pasado/presente. Más tarde debe hacer oír esas voces, lo que tampoco significa difuminarse ante ellas. Precisamente esta operación, según Michelet, revelaba al auténtico historiador.

En este recorrido podemos incluir a Péguy, indeleblemente marcado por el caso Dreyfus, quien no dejó de oponer memoria e historia, confrontando a Michelet con Langlois, Siegnobos o Lavisse. Péguy habría deseado que el mismo Dreyfus no colaborase en la conversión de su vida en historia. La historia sostenía, es «longitudinal», en tanto la memoria es «rememoración».⁴⁴

El caso Dreyfus también tuvo consecuencias importantes no previstas, convirtiéndose en un caso particular de la relación entre el historiador y el testigo. Historiadores intervinieron en el proceso como testigos, a lo largo del juicio Zola y del juicio

⁴³ J. Michelet, «Preface de 1869», *Oeuvres*, IV, Paris, Flammarion, 1974, p. 24.

⁴⁴ Ch. Péguy, *Cito*, op. cit., pp. 1190-1191.

de Rennes. Desde el punto de vista del código procesal son testigos que debieron comportarse como tales, prestar juramento o respetar el carácter oral de los debates. Pero técnicamente, es su experiencia como sabios (se les hace decir sus títulos en el estrado) la que les permite a los historiadores refutar con autoridad a los Bertillon y otros, que eran los expertos oficiales.⁴⁵ De esta manera nos encontramos con el testigo como auctor, una autoridad libresca, que regresa desde el pasado hasta el presente, recusando por una vez o por un instante, esta cesura que en todo momento se dice requerir. De esa experiencia se conservará hasta la actualidad una matriz dreyfusiana de la tarea del historiador. Un poco justiciero, «encargado de la venganza de los pueblos», en general sobre una escena supuestamente judicial, el historiador (algunos historiadores para ser más exactos) se involucra en los asuntos del presente. A un tiempo testigo (confundiendo auctor y autopsia), a otros juez de instrucción (rehaciendo una instrucción mal hecha, desenmascarando los falsos testigos, completando los testimonios faltantes). Luego del *Affaire Audin* de Pierre Vidal-Naquet (1958), es a lo largo de los años ochenta y noventa en la lucha contra el revisionismo que podemos reencontrar al historiador convertido en testigo.⁴⁶

En este mismo cortejo de voces disonantes, y marcado por la guerra del '14, podríamos incluir a las reflexiones de Walter Benjamin, que se organizan alrededor de la noción de «rememoración», como también una buena parte de las críticas que fueran dirigidas al historicismo.

Más cercano a nosotros, a partir de mediados de los años setenta, el súbito interés por la historia oral, a la que Philippe Joutard le consagrara un libro –bajo el título *Ces voix que nous viennent du passé*, que por su parte hacía eco al libro de Paul Thompson *The voice of Past–*, es una clara referencia. ¿Historia oral? No, han respondido algunos historiadores como Pierre Goubert. «Todos están a la búsqueda de sus ancestros merovingios, algún padre o una abuela vaticinadores. Los pedagogos se amontonan; es lo que se denomina historia oral (y a veces, cuenteros)».⁴⁷ Empero, la mayoría de los historiadores contemporáneos ha respondido que sí a la historia oral, a condición que las «fuentes orales» reciban adecuado tratamiento.⁴⁸ Anteriormente vimos como el auctor enmudecía en fuente, mientras que en la actualidad el testigo resurge como voz; la historia profesional le extiende gustosa el micrófono bajo la única condición de inscribirlo en el régimen de sus «fuentes». Tal vez de allí provenga la ambigüedad de la definición de la historia contemporánea, o de la del «tiempo presente», en tanto «historia con testigos». Por otra parte, se trata de una dupla construida por el historiador, donde el testigo podría olvidar que a los ojos del historiador no es más que una

⁴⁵ Sobre el caso Dreyfus, *Le procès Zola*, Paris, Stock, 1998.

⁴⁶ Y. Thomas, «La vérité, le temps, le juge et l'historien», *Le débat*, 102, 1998, pp. 17-36.

⁴⁷ Ph. Joutard, *Ces voix que nous viennent du passé*, Paris, Hachette, 1983, p. 7.

⁴⁸ *La bouche de vérité?* La investigación histórica y las fuentes orales, bajo la dirección de Danièle Voldman, *Cahiers de l'ittp*, 21, 1992.

fuente. ¿No se tentaría el testigo a escapar de su mentor y a hablar en nombre propio? Siendo que el testigo encuentra suficientes oídos, micrófonos, y medios ansiosos de escucharlo, incluso de pedirle que hable sin intermediarios, el historiador no puede menos que desplazarse hacia la memoria, a la historia de la memoria, algo afuera de la historia, con sus archivos escritos, la crítica de fuentes y el oficio de historiador. La pesadilla del historiador es la de una memoria a la vez mercantil y consagrada, en fragmentos aunque con formato, dispersa y exhaustiva, que escapa a los historiadores para circular on-line, resultando ser la historia verdadera de nuestra época.

La última voz disonante, al menos aparentemente, es la de Claude Lanzmann, no tan alejada, al menos en sus puntos de partida, de las voces de Péguy y Benjamin. Lanzmann se ha opuesto con constancia a los historiadores, y a lo que denomina «el punto de vista fulminante» de éstos últimos. Con Shoah, deseaba precisamente «rehabilitar el testimonio oral». Se trata de un film de testigos y sobre el testimonio, aunque no sobre los sobrevivientes y su destino, sino que más que nada pone el foco en «el radicalismo de la muerte». Shoah, ha dicho y repetido Lanzmann, no pertenece al orden de los recuerdos sino a «lo inmemorial», pues su verdad reside en la «abolición de la distancia entre pasado y presente».⁴⁹ Su fuerza viene precisamente de hacer ver al espectador «hombres que entran en su ser como testigos».⁵⁰

Y por la vía del film de Lanzmann vuelvo a mi punto de partida. Pues esta última voz disonante está precisamente en resonancia con la centralidad reciente adquirida de Auschwitz (más claramente perceptible en Estados Unidos que en Francia donde debe atravesar el prisma gris de Vichy). La corriente de fondo memorial que envuelve el mundo occidental, y occidentalizado, no es ni separable ni comprensible sin las ondas propagadas por Auschwitz, que empuja a los testigos, pero que es igualmente impulsada por aquellos que son, por así decirlo, el rostro, la voz e incluso su rumor.

Para concluir, tres observaciones provisorias. En general, la historiografía de nuestro siglo puede inscribirse en el paradigma de los indicios. Con la elevación de los testigos, es la voz (no más la voz y el fenómeno, sino el fenómeno de la voz) la que debe ser tenida en cuenta. No estoy convencido de que la denominación de «fuentes orales» propuesta por los historiadores alcance a resolver la cuestión. Paul Ricoeur, observador siempre agudo y rápido de lo que está ocurriendo, ha retomado y completado su reflexión sobre la narración histórica mediante un examen de los intercambios entre historia y memoria. Considerando al testimonio como una «estructura de transición» entre la memoria y la historia, propone «substituir el enigma de la relación de semejanza (y de como un relato se asemeja a un acontecimiento) por otra «relación fiduciaria», tal vez más fácilmente operable, constitutiva de la credibilidad del testimonio».⁵¹ Epistemológicamente, este desplazamiento o com-

⁴⁹ Cl. Lanzmann, entrevistado en *Les Inrockuptibles*, 136, 1998.

⁵¹ P. Ricoeur, «La marque du passé», *Revue de Métaphysique et de morale*, 1, 1998, p. 14.

⁵⁰ M. Deguy, *A propósito de Shoah, filme de Claude Lanzmann*, Paris, Belin, 1990, p. 40.

plemento ayuda a la comprensión y a la reflexión. Naturalmente, toda una serie de interrogantes permanece abierta.

El testigo de nuestros días es una víctima, o el descendiente de una víctima. Esa situación de víctima funda su autoridad y alimenta una especie de temor reverencial que a veces lo envuelve. De allí el riesgo de confundirnos entre autenticidad y verdad, o peor incluso de una identificación desde la segunda a la primera, en tanto que la separación entre la veracidad y la fiabilidad de una parte, y la verdad y la prueba de otra, deben ser mantenidas.

En diversas oportunidades, George Steiner ha puesto en relación a la noche del Gólgota y las chimeneas de Auschwitz, indicando que las conexiones entre una y otra debían ser pensadas.⁵² No poseo ningún título para expedirme sobre este punto y no quiero arriesgarme a pegotear fragmentos de teología barata. Pero el recorrido que hemos hecho al menos puso en observación a esos dos momentos fuertes de crisis del testimonio, respectivamente, alrededor del primer siglo, y en los años ochenta del siglo XX. Si los contenidos, los mensajes, las temporalidades inducidas, etc. son en todo diferentes, encuentro por lo menos en ambas coyunturas las mismas cuestiones de la urgencia testimonial y de su transmisión (el vicarious witness). Aquel primer momento, al que denominé de triunfo del testigo vino a desembocar en una forma de historia, precisamente testimonial, la Historia eclesiástica, que marcó largamente la historiografía occidental. En cuanto al momento actual, con la considerable literatura (en sentido extenso) testimonial, que de ahora en más la acompaña y no cesa de crecer, ¿no arriesga con toda inocencia, de reactivar los elementos de aquel modelo?

La historia, dice Reinhart Koselleck, es escrita por los vencedores, durante un tiempo. Porque «a largo plazo las ganancias históricas del conocimiento provienen de los vencidos».⁵³ Expresión que yo reformularía reenviando una vez más a la historia desde el principio. Mientras que la historia de los vencedores no ve sino un solo lado, el propio, la historia de los vencidos debe, para comprender lo ocurrido, tomar en cuenta ambos lados. Una historia de los testigos, o de las víctimas ¿podrá incluir esta exigencia, la que se transporta en el viejo vocablo historia?

⁵² G. Steiner, *No passion spent essays, 1978-1995*, Yale U.P., 1995, p. 395.

⁵³ R. Koselleck, *L'expérience de l'histoire*, traducción francesa, Paris, Hautes Études-Gallimard, Le Seuil, 1997, p. 239.

Registro bibliográfico

HARTOG, FRANÇOIS

«El testigo y el historiador», ESTUDIOS SOCIALES. *Revista Universitaria Semestral*, Año XI, Nº 21, Santa Fe, Argentina, Universidad Nacional del Litoral, segundo semestre 2001 (pp.11-30).

Descriptor

Testigo / historiador / memoria / holocausto / narración